

MARION G. RAMÍREZ
CATEDRÁTICO DE PEDAGOGÍA
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

LA PERSONALIDAD SALUDABLE

El creciente interés ciudadano por la búsqueda de una solución satisfactoria al problema de la delincuencia juvenil es encomiable. No es menos encomiable la dedicación de muchos estudiosos de la conducta humana en su afán por encontrar nuevas y mejores contestaciones en torno a la prevención, causación y corrección de la conducta delictiva. Entre las distintas posiciones y enfoques que giran alrededor de la etiología de la delincuencia muchos investigadores subrayan la importancia del análisis cuidadoso y completo de la personalidad del delincuente. La Organización Mundial de la Salud publicó en el 1951, donde Bovet sostiene que la psiquiatría puede contribuir mejor que otras disciplinas al entendimiento de los factores etiológicos que explican la conducta del delincuente. Tal afirmación supone que detrás de todo acto delictivo hay una personalidad enferma o en algún grado desintegrada y maltrecha. En la conferencia de Casa Blanca sobre «Niñez y Juventud» celebrada en Wáshington en el año 1950, uno de los trabajos que mereció mayor discusión e interés fue el presentado por Erik Erickson sobre el tema «El Curso del Desarrollo de una Personalidad Saludable». El trabajo de Erickson destaca la con-

tinuidad del desarrollo humano, pero a la vez formula una teoría sobre el desarrollo de la personalidad. Dicha teoría muy bien podría contribuir significativamente al establecimiento de programas encaminados a prevenir la delincuencia juvenil. Con esta posible derivación educativa en mente es que vamos a presentar algunos de los fundamentos de la posición de Erickson. Se dará particular énfasis al desarrollo de la personalidad hasta la adolescencia por estar precisamente interesados en el tema de la delincuencia juvenil. Trataremos de incluir algunas explicaciones encaminadas a sugerir posibles aplicaciones de esta teoría a los diversos campos de actividad ciudadana y profesional que se hacen hoy en día urgentes y necesarios, si es que vamos a producir una acción coordinada capaz de disminuir los peligros y los sufrimientos que el problema de la delincuencia juvenil ha ocasionado a las generaciones presentes y bien podría ocasionar también a las generaciones futuras.

Erickson divide todo el desarrollo humano en ocho distintas etapas de vida. Señala que en cada una de esas etapas hay un problema central que deberá resolverse satisfactoriamente, si es que el ser en desarrollo va a tener las características psicosociales esenciales para el desenvolvimiento de su personalidad en cada etapa subsiguiente. Tal concepción del desarrollo humano implica que la cristalización de la personalidad surge alrededor de una serie de profundas convicciones que el ser humano tiene sobre sí mismo y que varían de etapa en etapa, pero que a la vez facilitan la gradual aparición de rasgos y actitudes indispensables en el logro de una personalidad sana.

En la primera etapa, que corresponde a la infancia, la convicción fundamental es *«yo soy lo que me dan»*. Aquí nos referimos al sentido de confianza que es el problema central de la infancia según Erickson. De no surgir la confianza, surge la desconfianza. Sólo puede el bebé sentirse confiado cuando tiene en qué o en quién confiar. He aquí el por qué del papel tan importante que se le asigna a la figura materna que es quien imparte cariño, satisface necesidades y da calor emocional. Afortunadamente sólo en casos de abrupta o inevitable separación del bebé de su madre, la mayoría de los niños en nuestra cultura tienen la oportunidad de establecer este componente básico de una personalidad sana. La propia naturaleza humana y los códigos sociales y morales de nuestra sociedad

se encargan de disponer una actitud maternal que casi siempre rodea al niño en este período tan vulnerable de su vida.

En la segunda etapa, que coincide con la primera niñez, la convicción más importante es «yo soy lo que puedo». Así nos referimos a lo que en la posición de Erickson se conoce como sentido de autonomía. El problema central en la primera niñez es el de afianzarse como persona. Reconocemos que no puede surgir un adecuado sentido de autonomía si no se ha establecido en el período anterior el sentido de confianza —hemos dicho que el desarrollo humano es un proceso esencialmente gradual y continuo—. Pero en la primera niñez lo más importante es el poder establecerse como persona capaz de hacer demandas, capaz de hacer decisiones y capaz de ser respetada. No podemos olvidar el dato de que el niño es aún relativamente inmaduro y en consecuencia a la vez que va consiguiendo autonomía necesita aprender que hay límites para su propia determinación. Hay necesidad de una gran dosis de firmeza y tolerancia para poder guiar y orientar bien al niño en esta etapa de su vida. Él desea y necesita verse a sí mismo como un ser que se respeta, aunque a la vez desea y exige la protección necesaria para evitar que esa abundante energía y ese nuevo dominio que tiene de su cuerpo lo lleven a actividades y proezas que pongan en peligro su seguridad física. Tenemos que recomendar enfáticamente el evitar aquellas situaciones en donde le damos al niño un sentimiento de vergüenza. Si permitimos que esto ocurra le estaremos dando la convicción de que no tiene el respeto de los demás, que todo lo que él hace, piensa o siente es malo. Desde el punto de vista de la formación del yo estos sentimientos no solamente constituyen un peligro en este período de su vida, sino que pueden seguir arrastrándose hasta la adolescencia y entonces hacer muy difícil que se logre establecer un sentido de identidad.

En la tercera etapa, que corresponde a la edad del juego, la convicción más importante es «yo soy lo que me imagino que puedo ser». Aquí juegan un gran papel la imaginación y también la imitación. Decimos que el problema central es uno de iniciativa. La dificultad que los niños muestran en este período para propiamente distinguir entre lo que es real y lo que es producto de su fantasía, hace que a veces piensen en actividades y proyectos que no tienen la aprobación de los adultos y

que a la vez son irrealizables. Considerando esta situación es necesario que ambos padres sean pacientes, pero que también sepan estimular y esperar. Es también muy importante que haya suficiente flexibilidad en las relaciones inter-personales y un clima familiar donde los métodos disciplinarios sean consistentes. Debemos reconocer que en la primera niñez solamente se puede iniciar al niño en el sentido de iniciativa, ya que éste seguirá desarrollándose y fortaleciéndose a medida que el niño sigue madurando y aprendiendo. No es saludable para el niño crecer con la sensación de que debe sentirse culpable por haber soñado con posibilidades que no guardan relación con sus potencialidades y capacidades. Los sentimientos de culpa son sentimientos que con frecuencia generan ansiedad. En la etapa pre-escolar hay varios papeles y actividades que el niño puede desempeñar satisfactoriamente y lo que más necesita es el estímulo, la oportunidad y el buen ejemplo.

La cuarta etapa es la que corresponde a la edad escolar y en ella la convicción alrededor de la cual puede surgir el sentido de laboriosidad es «yo soy lo que yo aprendo». De no lograrse, entonces se crea un sentido de inferioridad. Es obvio que en esta etapa además de los padres y otros adultos en el círculo familiar, ya los maestros juegan un papel muy importante. Ellos crean las experiencias y desarrollan las actitudes propicias al establecimiento de un sentido de industria. En los países más desarrollados la escuela, tal y como esté instituida, es la que asume la mayor responsabilidad de iniciar al niño en su educación formal. Sabemos que hemos caído en situaciones extremas. Algunas veces se crea una temprana vida escolar donde lo que se subraya es las realidades de la vida adulta mediante una continua imposición de responsabilidades y donde al niño se le dice en todo momento qué es lo que tiene que hacer. En el otro extremo prolongamos la irresponsabilidad de la infancia y en consecuencia el énfasis es en el hacer lo que nos gusta y en rechazar lo que nos da trabajo y nos disgusta. Resulta fácil ver cómo se fomenta la dependencia que está en conflicto con el logro de un sentido de laboriosidad genuina.

Ya en la quinta etapa, que coincide con la adolescencia, el problema central es el de la identidad. Ya no se tienen con-

vicciones rotundas y tal vez por primera vez se cuestionan las cosas anteriormente aceptadas como buenas y reales. Se duda de todo y en consecuencia de uno mismo. Hay la necesidad de formular una filosofía de vida satisfactoria y a la vez lograr los objetivos de la adolescencia como período de transición entre la niñez y la adultez. Luella Cole sugiere un magnífico esquema de objetivos donde hay que lograr niveles y criterios más altos de madurez en la expresión emocional, en el establecimiento de intereses hetero-sexuales, en la conducta social, en el uso del tiempo libre, en la selección vocacional y en la re-afirmación del yo. Las preguntas que más frecuentemente se formulan los adolescentes son las siguientes:

¿Soy un niño o un adulto?

¿Hay en mí las capacidades necesarias para en el mañana asumir el papel de padre (madre)?

¿Tendré oportunidad de prepararme para trabajo o profesión que me garantice seguridad económica?

¿Podré conseguir reconocimiento?

¿Tendré éxito en la vida?

En la búsqueda de contestaciones satisfactorias a estas preguntas es que puede establecerse un sentido de identidad o en su ausencia un sentido de difusión. ¿Por qué tantos adolescentes no llegan a desarrollar un sentido de identidad satisfactorio? Muchos no han tenido en los años formativos la seguridad que nace de la aceptación y el cariño. En otras situaciones se han percibido a sí mismos como hijos no deseados al verse comparados desfavorablemente con sus hermanos, o han regido en el hogar prácticas disciplinarias contradictorias. Muchos llegan a la adolescencia sin haber logrado en las etapas anteriores el sentido de confianza, de autonomía, de iniciativa y de industria —realmente no ha cristalizado su personalidad con la continuidad que suponemos es esencial a su establecimiento—. Llegan al umbral de la adultez sin controles internos, sin objetivos de vida realista, con un sentido de sí mismos que no se presta para mirar el porvenir con seguridad y optimismo. Al carecer su vida de dirección y sentido la conducta delictiva puede surgir como una defensa ante sus propias inseguridades e indecisiones. Fritz Redl en su obra «Children Who Hate» subraya que en la conducta delictiva hay

perturbaciones que resultan de las funciones del ego puestas al servicio de las defensas impulsivas.

Para completar el cuadro del curso del desarrollo de la personalidad hasta la vejez, Erickson le asigna al período de la juventud el desarrollo de un sentido de intimidad; al período de la adultez un sentido de productividad y al período de la vejez un sentido de integridad. Es de esperarse que al igual que en las etapas anteriormente expuestas, que para cada una de las etapas que siguen a la adolescencia haya también convicciones que tiene el ser humano sobre sí mismo y que afectan cómo ve a los demás y cómo se relaciona dentro de la familia y de la comunidad. Al dejar atrás los patrones aceptables para la niñez y la adolescencia y afrontar nuevos roles sociales le es imprescindible una personalidad saludable, si es que va a desenvolverse con efectividad y en armonía con los criterios de madurez que ahora corresponden. Son muchos los factores y las situaciones que han intervenido y que seguirán interviniendo en las manifestaciones de su personalidad, pero creemos que si se han logrado los sentidos que según Erikson son los componentes necesarios para el desarrollo de una personalidad saludable, la vida adulta se desenvolverá con menos conflictos y ansiedades.

Un programa educativo encaminado a preparar mejor a nuestros jóvenes para la vida familiar y ciudadana, podría en muchas de sus fases anclarse en la teoría del curso del desarrollo de una personalidad saludable. El facilitar el desarrollo normal del yo permitiría ensayar un enfoque esencialmente profiláctico al estudio de la delincuencia.

Sabemos que no hay ni un remedio fácil, ni un enfoque único, ni una sola disciplina capaz de encontrar solución a un problema tan serio, tan universal y tan complicado como es el problema de la delincuencia juvenil. Nos permitimos solamente señalar el área de la personalidad del delincuente por estar convencidos que está necesitado de más estudio, mejores investigaciones y mayor comprensión. De lograrse un mejor entendimiento de cómo es la personalidad del delincuente podríamos entonces revisar nuestros conceptos de corrección y tratamiento. Aún más importante desde el punto de vista educativo se mejorarían los programas encaminados a prevenir la delincuencia y se cambiarían considerablemente las

prácticas institucionales dirigidas a la rehabilitación del delincuente. He ahí nuestra esperanza y nuestra profunda convicción.

BIBLIOGRAFIA

1. ANDERSON, CAMILLA M., *The Self Mage*. Guidance Readings for Counselors.
2. BOVET, L., *Psychiatric Aspects of Juvenile Delinquency World Health Organization*, Geneva, 1951.
3. COLE, LUELLA, *Psychology of Adolescence*. 5th Edition N. Y. Rinehart and Co. 1959.
4. ERICKSON, ERIK, *Childhood and Society*. N. Y. Thomas Y. Crowell & Co. 1960.
5. HARMONITZ AND HUMANITZ. *Human Development*, Selected Readings N. Y. Thomas Y. Crowell & Co. 1960.
6. REDL, FRITZ, *Children Who Hate*. Free Press, Glencoe, Illinois, 1952.
7. SEIDMAN, JEROME, editor, *The Adolescent: A Book of Readings* Holt, Rivelart and Winston, 1960.